

ESTEBAN ECHEVERRÍA, EL PRECURSOR DE UNA CONCIENCIA NACIONAL EN TORNO A LA MÚSICA

POLA SUAREZ URTUBEY

Numerosos escritos de Esteban Echeverría dan testimonio de la importancia que tuvo para él, y de cómo vió en la canción popular las alas capaces de transportar a través del tiempo la cultura popular. Siendo músico y poeta, Echeverría creía escuchar los latidos de una invencible vena poética y musical en las entrañas mismas de su patria.

Dos de sus trabajos dejan explícita constancia de este sentimiento que lo muestra como un romántico desasosegado, sensible a la vivencia del canto popular. Esos escritos, que aquí se reproducen en su integridad, se ubican asimismo entre los primeros aportes de auténtica proyección futura para la premusicología argentina. Uno de ellos es el "**Proyecto y prospecto de una colección de canciones nacionales**". El otro es "**La canción**", o "**Canciones**", como se tituló originariamente.

El *Proyecto...* apareció publicado en el quinto y último volumen de las *Obras completas* editadas en Buenos Aires por Carlos Casavalle, año 1874, a cargo de Juan María Gutiérrez. En cuanto al segundo vió la luz en el N° 7 de *El Iniciador* de Montevideo (15 de julio de 1838), bajo el título de "**Canciones**". En 1872 el mismo escrito es editado en Buenos Aires con el título de "**La canción**" en la *Revista del Río de la Plata*, publicada por Andrés Lamas, Vicente Fidel López y Juan María Gutiérrez (Buenos Aires, Carlos Casavalle editor, Imprenta y Librería de Mayo, vol. III, pp. 536-340). Por fin, Gutiérrez lo publicó con el título de "**La canción**" a continuación del "**Proyecto...**" en el tomo V ya citado de las obras completas.

Recordemos que cuando Esteban Echeverría realiza su histórico aporte como fruto de sus contactos con el nacionalismo romántico alemán e inglés, ya se había hecho escuchar aquí la rústica musa del campo argentino. Bartolomé Hidalgo había anunciado con sus trovas el primer amanecer y la guitarra del payador había acunado los ímpetus revolucionarios de la patria naciente. Pero Echeverría transformó ese despertar espontáneo de música y poesía en hecho cultural consciente de su propio valor y de su significación ética y estética. De ahí emana la situación de precursor que le asignamos en la historia del pensamiento argentino en torno de la música.

• • •

PROYECTO Y PROSPECTO DE UNA COLECCIÓN DE CANCIONES NACIONALES ¹

Tiempo hace que el autor de las *Canciones* cuya publicación emprendemos, concibió el proyecto de escribir unas melodías argentinas, en las cuales, por medio del canto y la poesía, intentaba popularizar algunos sucesos gloriosos de nuestra historia y algunos incidentes importantes de nuestra vida social. Pero como para que su obra fuese realmente nacional y correspondiese al título, era menester que existiesen tonadas indígenas, a cuya medida y carácter se hermanase el ritmo de sus versos, entró a indagar primero el carácter de las muchas que con general aplauso entre nosotros se cantan, y halló que todas ellas eran extranjeras, adoptadas o mal hechas copias de arias y romances franceses o italianos, y no el sencillo fruto de nuestro sentido músico, o de nuestra aptitud para expresar en armoniosas cadencias, las emociones del alma y los íntimos afectos del corazón.

Hubo entonces de renunciar a su intento, siendo necesario crear a un tiempo la poesía y la música. Mas, posteriormente, habiendo escrito por encargo particular algunas canciones, cuyo sentido fue con singular maestría interpretado por el señor Esnaola, cree que no es quizá de todo punto irrealizable su antiguo

pensamiento, y ambos de acuerdo se proponen publicar una serie de canciones con el título de "Melodías argentinas".

Los principales objetos que en mira tienen, son suplir la falta de obras originales de este género, aumentar nuestro fondo artístico y nuestros títulos literarios, explotar una mina cuya riqueza en lo porvenir podrá ser óptima y estimular con el ejemplo el cultivo de las bellas letras.

No se crea por lo dicho que nosotros pretendamos dar a nuestra empresa toda la extensión de que sería susceptible; queremos sólo señalar la ruta, sembrar algunas semillas, y dejar que el tiempo y el ingenio las fecunden. No tocaremos la cuerda heroica ni invocaremos gloriosos recuerdos de la Patria, porque nos está vedado por ahora hablar dignamente al entusiasmo nacional; pero en la viva e inagotable fuente de la poesía, en el corazón, buscaremos inspiraciones, colores en nuestro suelo, y en nuestra vida social asuntos interesantes.

Por lo demás no dudamos que el público porteño tan afecto a la música y tan sensible a los hechizos de la armonía, acoja gustoso este escaso pero sincero mensaje de nuestros cortos talentos.

1. Este prospecto no se dió a luz y el proyecto concebido por el poeta y el artista, abortó como todo pensamiento bello y generoso allá por los años de 1836 [nota de Juan María Gutiérrez]

• • •

LA CANCIÓN

El origen de las canciones remonta a los tiempos primitivos de todas las sociedades. Luego que estas empiezan a gozar de cierto grado de bien estar, su imaginación poética toma vuelo, y la poesía y la música, hermanas gemelas, nacen como espontáneamente para endulzar y suavizar con sus encantos las penas de la vida y solemnizar los grandes actos tanto internos como externos de la existencia de las naciones. El poeta canta, es decir, poetiza un afecto suyo, una idea moral, un sentimiento público: el músico expresa en armónicos sonidos el

pensamiento del poeta y la voz humana viene a darle animación y energía con sus sonoros acentos. La Canción aparece. Su efecto es maravilloso entonces: todos los corazones se suspenden si canta amor o melancolía; todos se alegran, si regocijo; todos hierven y palpitan de entusiasmo, si entona himnos a la libertad o celebra las altas virtudes y las heroicas hazañas de los hijos de la Patria.

No es por consiguiente la Canción una obra frívola: ella rie, ella llora, ella inflama el corazón del guerrero; ella, invocando gloriosos recuerdos, sabe hablar con eficacia al patriotismo nacional: el amor también, pasión siempre activa y multiforme le ministra inspiración abundante, y decirse puede que no hay fibra alguna en el corazón humano a quien ella no arranque ya un suspiro de dolor, ya un acento de gozo, ya una tierna o apacible melodía.

Se origina de aquí, sin duda, el general interés con que se miran las canciones populares de casi todos los pueblos y la importancia histórica que adquieren por cuanto son la expresión más ingenua de su índole, de su modo de vivir y sentir, y no sólo dan indicios de su carácter predominante en cada siglo, sino también, en cierto modo, de su cultura moral y del grado de aspereza o refinamiento de sus costumbres.

Los Romances del Cid, que Hugo denomina Iliada Castellana, los Moriscos y la muchedumbre recopilada en los Cancioneros y Romanceros, cantábanse primitivamente a la vihuela y asegurarse puede, sin temor de ser desmentido, que ellos forman el más bello, rico y singular ornamento de la poesía lírica Española, pues, ni la imitación los desluce, ni el pedantismo clásico con postizas galas los afea: ellos brillan como preciosos diamantes recién sacados de la mina cuyos quilates más a la distancia se precian: y la prueba de esto es que en Francia y Alemania, donde tiempo hace se procura regenerar el Arte bebiendo en las fuentes primitivas, la poesía Castellana anterior al décimo-sexto siglo o a la importación *del italianismo* por Boscán y Garcilaso y la posterior que de su fuente nació, se estudia con ahinco; mientras ni histórico ni poético interés despiertan en naturales ni extranjeros [sic], los muchos tonos de Sonetos, Odas,

y Anacreónticas vaciadas en el molde clásico, o imitadas, que no se cansa la ridícula vanidad de los preceptistas de recomendar por modelos.

Beranger en Francia ha extendido el Señorío de la Canción, y héchola obrar como poder activo en la esfera de la política y del movimiento social. Sus versos medidos al compás de tonadas populares, se cantan de cabo a cabo de la Francia, y más de una vez, al postillón y labriego en las aldeas y caminos y en medio del Océano el marinero, hemos oído entonar sus canciones dictadas por el patriotismo. Cuando los siglos hayan pasado sobre la Francia, las futuras generaciones verán en los versos de Beranger cuántos afanes, luchas y sacrificios, costaron a la Libertad sus triunfos, y agregarán reconocidas, a su inmortal corona, algunos ramos de los laureles de *Julio*.

El principal título de la gloria de Moore se vincula en sus *melodías Irlandesas*; las de Burns son populares en Escocia, y Goette [sic] y Schiller en Alemania no han desdeñado el renombre de Cancioneros.

Los Brasileros tienen sus *modinhas*, los Peruanos sus *yaravíes*, tiernos y melancólicos cantos, que nadie puede oír sin escozor o enternecimiento; y en suma, no existe pueblo alguno culto que no se deleite en cantar sus glorias e infortunios, y en expresar por medio de la poesía y la música las fugaces emociones de su existencia.

Lejos, pues, de servir únicamente a un mero pasatiempo, el objeto inmediato de las canciones es conmover profundamente, haciendo revivir las glorias de la Patria, alimentando el entusiasmo por la Libertad, y encendiendo las almas en el noble fuego de las altas y heroicas virtudes; y deben además considerarse como documentos históricos que al vivo nos pintan, lo que la historia a menudo desdeña, es decir, la vida interior de las naciones, y al mismo tiempo nos dan brillantes rasgos de su imaginación poética.

Vista la importancia que en sí tienen las canciones, y que la otorgan los pueblos cultos, debemos nosotros aplicarnos a enriquecer con esta delicada joya

de la poesía nuestra literatura naciente, acostumbrarnos a ver en ellas algo más que una linda bagatela hecha para entretenimiento de casquivanos, a trabajarla y pulirla con igual esmero que las obras más elevadas del Arte; y persuadirnos, por fin, que nada frívolo y trivial es dado producir a la i-maginación del verdadero poeta.

No se quilata el mérito de una obra cualquiera artística por su forma o extensión [sic], o por pertenecer a tal o cual género; sino por la sustancia que contiene, la pulidez del [sic] labor y el designio artístico que envuelve; así es que la canción no por corta desmerece. Los caprichos de Goya, las viñetas de Devezia y Retesch, las melodías de Moore, una cabeza modelada en barro, durante algunas horas de arresto por el escultor Francés, David, son obras sobresalientes en su género porque al través [sic] de sus pequeñas formas, se trasluce la vislumbre del genio que les dió vida.

Dos cosas hay que examinar en toda creación artística: una es la idea, otra la forma que reviste aquel germen primitivo: la primera más es pasto del ingenio, la segunda del arte; una y otra se complementan y ambas deben coexistir originales y perfectas en la obra del verdadero poeta.

Destinadase a acompañarse con la música, la canción debe en un todo armonizar con ella, como entre sí las notas fundamentales de un acorde simultáneo; debe ser musical, si es dado expresarse así, y contener todas las perfecciones de forma que demanda la poesía lírica; es decir, cadencia forzada, rima fecunda, estrofas regulares, número y melodía en los versos. Si acabada forma le es esencial, carencia de ideas originales no tolera, pues debiendo suministrar en pocas líneas inspiración abundante al músico, emociones al que la escucha, exige por lo mismo, nutrido fondo, pensamientos insisivos [sic] que penetren hasta el alma, tristes o halagüeñas ideas, que muevan al corazón y hagan fantasear el ánimo al unisón del Canto.

Si el verso nada dice, la música se reducirá a vanos sonidos; si al contrario aquel tiene sustancia y la melodía es insípida, ni cautivar el oído ni

conmover podrá la canción; no habrá en ella designio artístico manifiesto y no merece por consiguiente mencionarse. ^(a)

Gentes hay, y muchas entre nosotros reputadas que afectan menospreciar la poesía. Sin entrometernos a calificar el origen de tan extraña aberración, nosotros les diremos solamente, que no así la miran los primeros ingenios, y los talentos más singulares que son de otras naciones vanagloria; antes bien en ella reconocen el rico fruto de una de las más fecundas y brillantes facultades del espíritu humano, le tributan el debido homenaje [sic] y la colocan en el rango de las fuerzas activas que no sólo glorifican a los pueblos, sino también los ilustran, y grandes y generosas ideas les inspiran.

E. E.

(a) - Se extrañará tal vez que en un artículo sobre canciones no hablemos sobre el *Cancionero Argentino* publicado poco ha en Buenos Ayres [sic]; pero los lectores discretos, haciendo aplicación de nuestra doctrina, conocerán fácilmente que de las contenidas en los cuatro números del Cancionero, contadas son las que merecen el nombre de tales [nota de Echeverría en *El Iniciador*]



